

“SOMOS PRECIOSOS, SOMOS INÚTILES”

Juan Manuel Benítez/Eladio Aguilera

La exposición reúne una serie de obras, desde fotografías, instalaciones y pinturas que exploran la experiencia íntima del gozo en el proceso creativo de la obra porque para estos artistas el arte parece responder a una atracción fatal o a un goce casi paranormal: el disfrute del proceso es el discurso; no, en realidad no, es la propia obra.

Todo está tan inacabado como resuelto. Todo es tan aparentemente excesivo como contenido. La visión, argumentó Descartes, debe entenderse como sólo una forma más refinada, sutil y prolongada de otros sentidos (...)

Miro a mi alrededor y me impresiono; dejo de ser yo y me transformo en la propia impresión; dejo de ser sujeto y paso a ser imagen. Me camuflé en una fotografía; me desdoblé en un jaranero; me represento como Harry Haller. Giros, desdoblamientos que se alejan de toda operación estética para resolverse como juegos tan violentos a la mirada como perversos y excéntricos. Parecen querer indicarnos: Yo soy el espectáculo. Aunque ese yo tan solo sea un cúmulo de circunstancias no elegidas. Soy ese reflejo de la cultura de mi tiempo y mis cuadros son la pantalla *lacaniana* que proyectan.

“Somos preciosos, Somos inútiles” pone en pie que jugar pintando, alucinar pegando recortes, fotografiar “pedo”, fumar hasta la ronquera, beber compulsivamente, masturbarse para ser creativo, acumular botellines, o concluir un cuadro bajo efectos sicotrópicos nos aleja de la insistencia de una sociedad construida en términos de capital. Lo precario es la frustración de trabajar en una sociedad sin horizontes claros; como contrapartida, la propuesta, si cabe, es: parecer que no te esfuerzas; así, en clave capitalista, si no hay beneficio, tampoco habrá pérdida; en cualquier caso, siempre quedará el disfrute.

Se construye, de este modo, una propuesta expositiva en la que tienen cabida elementos y gestos considerados intrascendentes u obscenos, no por su ejecución sino por su explicitación. Hay cierta normalización en los usos de lo “extremo”, siempre que estos se desarrollen en un ámbito privado; es su exhibición lo que incomoda. Las botellas de cerveza, la resaca, la comida basura, la juerga nocturna buscan, aquí, no tanto la espectacularización como el juego. La abyección es un noticiero y no una juerga o un impulso de autodescubrimiento del cuerpo. De esta forma, dichos objetos, quedan transformados en artefactos artísticos difícilmente etiquetables. Se genera así un universo expositivo que pretende hacernos dialogar utilizando un alfabeto, aparentemente inconsciente, creado a partir de restos de pinturas abandonadas, botellas vacías, colillas, dibujos inacabados y cuadros en proceso. No mencionan sólo el objeto, ni tampoco su simbolicidad; mencionan el acuerdo integral entre éste y un período iniciático del proceder como individuo.

La transformación de una palabra, una idea o una imagen en una superficie pintada o en una forma alternativa requiere de una decisión fundamental: la de frenar a tiempo el proceso evolutivo; convertir el cuadro en sugerencia, hacer que el gesto prevalezca.

A fin de cuentas, qué es el arte sino un intento inagotable de enunciar ideas que siempre estarán por acabar.

Eladio y Juan Manuel nos apuntan: ¿Lo ves?, no hay nada. No hay verdad que prevalezca, tampoco falsedad que se mantenga. Desobediencia. Tan sólo actividad vital, y lúdica: ¡vivir!

Mar García Ranedo